



Policías vigilando la Villa Olímpica...

## LA OLIMPIADA ROTA

se ha consumido a sí mismo, agotado, porque es el esfuerzo de una minoría que se renueva mal y se quema mucho: a la larga, su acción está perdida, a menos que consiga sumar a la mayoría de la población y convertirse en revolución o guerra civil. Es, por ejemplo, lo que intentan los montoneros en Argentina, los tupamaros en Uruguay. Las organizaciones terroristas palestinas han declarado siempre que tienen ese móvil: forzar a los países árabes a endurecerse frente a Israel, a proclamar de nuevo la guerra, que es el único medio que ellos ven de regresar a su hogar perdido. Israel se ha prestado a veces a ese juego, organizando represalias contra los países árabes fronterizos para vengar las acciones de los palestinos; sin embargo, éstos no han respondido. La gran tensión de este momento, y los actos de represalia, hacen suponer que la guerra abierta puede reanudarse. No es así. La represalia será cuidadosamente limitada, y con posibles respuestas, también. Un nuevo estallido de la guerra sería el mayor éxito de la operación guerrillera, y no están dispuestos a dársela. El otro objetivo palestino es el de provocar la revolución dentro de los países árabes para librarse de los

Gobiernos actuales, que consideran como capituladores, pero también como opresores de sus propios pueblos: los largos y sangrientos incidentes de Jordania en los años setenta y setenta y uno fueron parte de ese intento de revolución, que fracasó. En cuanto a ideología política, es poco definida: hay organizaciones palestinas influidas por el marxismo, que quisieron nutrirse de la URSS, luego de China —y generalmente encontraron poca o ninguna ayuda—, y las hay típicamente nazis, que fueron incluso organizadas y adiestradas por antiguos nazis alemanes huidos. Más que una ideología concreta, o que una religión (queda dicho que cristianos y musulmanes luchan juntos), los guerrilleros palestinos tienen una necesidad perentoria de resolver el problema de su nación enteramente exiliada y el del regreso a su patria.

Las soluciones siguen siendo políticas. Al margen de todas las condenas, de todo el horror, de toda la indignación, debe servir para que se resuelva una situación en la que también mueren inocentes, y mueren cada día, y que es un vivero incansable de desesperados, de suicidas. ■ E. H. T.

La comunidad judía de Munich se manifiesta, pidiendo la suspensión de los Juegos.



CUANDO éramos niños no faltó entre los innumerables corruptores de conciencias que nos rodearon aquel que dijera: «Si los hombres se amaran como hermanos, el mundo sería una balsa de aceite». Locos, hipócritas o tontos de este tipo, por fortuna, ya quedan pocos, y uno tiene la impresión de que los supervivientes de esta especie se han refugiado en el Comité Olímpico Internacional, verdadero asilo de utópicos o de gentes que fingen amar las utopías. En los días que precedieron a los Juegos Olímpicos, la extrema izquierda alemana se manifestó en Munich contra los Juegos. Para los izquierdistas, la ciudad ha cambiado de nombre. La han bautizado **Proftópolis**, ciudad del provecho, ciudad donde los beneficios derivados de los Juegos Olímpicos tienen la inmediatez de los 10.000 olímpicos que la han invadido y de los millares de gentes que han acudido a Munich ante el reclamo del mayor y más puro espectáculo del mundo.

La idea olímpica nació entre los pedagogos e higienistas de la segunda mitad del siglo XIX. La Comuna había exterminado prácticamente el socialismo utópico como tendencia proletaria. Los fusilamientos en el muro de los Confederados del cementerio de Pere Lachaise habían despertado con sus descargas a todos los soñadores que creían en la alianza implícita entre revolución, lirismo y buenos propósitos. La utopía pasó como una antorcha olímpica a manos de burgueses bienintencionados que, angustiados ante el espectáculo de las luchas de clases y de las guerras imperialistas, quisieron apartar de sí el cáliz de la evidencia y crear una parodia de la lucha y la anexión a través de los medios deportivos.

El ideal olímpico ha sobrevivido. Pero no hay que sorprenderse excesivamente. El otro día aún me pidieron dinero para la Santa Infancia, o papel de plata para los negritos. Los tics de la benefi-

ciencia no se resignan a desaparecer. Contra ese ideal olímpico farisaicamente sostenido por participantes y orquestadores, no ha podido un rosario de evidencias. Ni la comercialización del deporte. Ni el funcionarismo o el amateurismo marrón de la mayor parte de deportistas. Ni el racismo y nacionalismo implícito en el ansia de victoria. Días antes del inicio de los Juegos de Munich, el **tour de force** entre los países africanos negros y Rhodesia planteó un conflicto político. Lord Essex, representante del Reino Unido en el COI, defendió la admisión de Rhodesia, porque de lo contrario las naciones africanas capitalizarán en un futuro su victoria. Pero los miembros del Comité Olímpico no quisieron canjear la mediocre participación rhodesiana por los magníficos corredores negros en pruebas como los 400 metros vallas, medio fondo y fondo. Por otra parte, los negros americanos también amenazaban con el boicot si Rhodesia no era expulsada.

El arco iris de la bandera olímpica se ennegrecía según el color de las circunstancias. Avery Brundage salió indignado de la reunión del COI que excluía a Rhodesia. El viejo Brundage siempre ha tenido ideas muy particulares sobre la separación entre política y deporte. En 1936 presionó lo indecible para que no se quitara a Hitler el privilegio de organizar y orquestar los Juegos de Berlín. En 1956 fomentó las tensiones en torno a la participación soviética tras los hechos de Budapest. En 1972 abandona la presidencia del COI y da un portazo, porque «la política» ha privado sobre la deportiva participación de una nación racista.

### OTRA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

Era un aperitivo del drama, del auténtico drama que dará definitivo sentido a unos Juegos cuya «vedette» principal ha sido preci-

# MEDALLAS OLI



Ludmilla Tourisheva, soviética, vencedora de las pruebas femeninas de gimnasia.

samente el judío norteamericano Mark Spitz y sus siete medallas de oro. La ciudad estrenaba instalaciones y espíritu deportivo. Munich era una fiesta y nadie mejor que el nuevo presidente del COI, lord Killanin, para dar rostro a los festejos olímpicos. Buen padre de familia, rico, excelente «gourmet» practicante de deportes lentos, lord Killanin ha sido el rostro adecuado de unos Juegos altos y rubios como la cerveza. La ciudad había programado infinidad de actos culturales y espectáculos para enmarcar de arte y alegría la exaltación del músculo.

El Teatro Laboratorio del polaco Grotowski, «Las bodas de Fi-

garo», de Mozart, dirigidas por Karl Bohm; el Grand Magic Circus, Mario Ricci y el Grupo Experimental de Roma, exposiciones de arte moderno, representaciones de teatro japonés, el arte «primitivo» de Polinesia, América precolombina, África. Las gentes se han maravillado ante la gran parada del Magic Circus, que presentó nada menos que a un barón de Coubertin con el bigote tricolor. También los muniqueses han paseado por la calle de los Juegos, espacio libre creado por el arquitecto Werner Ruhnau para que cada cual hiciera allí lo que le viniera en gana y lo que le tolerara un más que discreto despliegue de policías alemanes,

a la expectativa de que se desmandaran el arte y la comunicación.

La Policía tenía órdenes de actuar con una discreción de invitados tímidos. La Policía que se veía. Por lo demás, Munich ha sido durante los Juegos un auténtico Congreso de la Internacional de la Policía Secreta. Según los enterados, se llevaba la palma la participación de policías de la CIA y de la KGB soviética. Entre ambas Policías había también un reto olímpico. ¡Cuántos atletas socialistas escogerían la libertad asesorados por la CIA y cuántos atletas socialistas no escogerían la libertad asesorados por la KGB! Se prometía una lucha muy

competida y un discreto reparto de medallas de oro, plata y bronce.

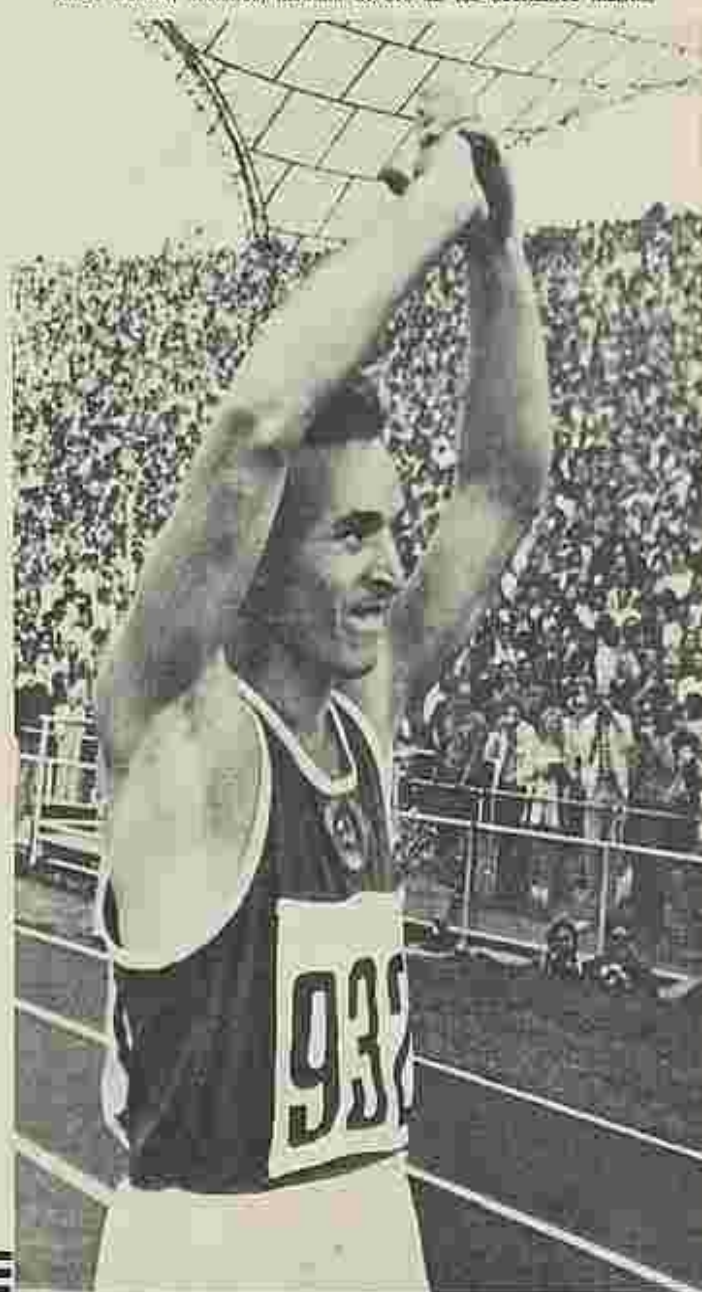
Según se decía, el Gobierno alemán había rogado a norteamericanos y soviéticos que no convirtieran la práctica de apostolado político en un escándalo. Al fin y al cabo, ¿qué mejor apostolado que el balance de trofeos? Los profetas aseguraban que el bloque capitalista perdería globalmente frente al bloque socialista, pero al menos individualmente los Estados Unidos tenían una hegemonía de partida incontestable. A medida que transcurrían los Juegos, la URSS y Alemania Oriental han discutido el protagonismo olímpico de los USA, y

# OLÍMPICAS, MEDALLAS POLÍTICAS

## MEDALLAS OLIMPICAS. MEDALLAS POLITICAS

Detrás de la «kermesse» olímpica se escondía la tragedia real que marcaría con un brutal contrapunto la épica idealizada del olimpismo...

Valeri Borzov, soviético, medalla de oro en los cien metros.



El español Rodríguez carga con el cocodrilo Satag-Kee, tras derrotarle en el combate de gallos.

solo las siete medallas de Mark Spitz permanecen como una gesta indiscutible; por otra parte, mucho más alejado que las meritorias cinco medallas de Shane Gould.

La ciudad había preparado sus noches para el solaz de los marones y burocratas del deporte. De vez en cuando también estaba previsto que atletas con escasas ambiciones, con mucha vitalidad, saltaran los muros nocturnos y paladearan parte de la vedada «dolce vida». También la Policía que vigila la Ciudad Olímpica tenía órdenes de no ponerse pesada con los chicos o chicas que saltasen las tapas. Sólo se es joven una o dos veces en la vida. Pero muy pocos consiguen ser más de una vez joven y olímpico.

También esta paternal tolerancia, este «laissez faire», «laissez passer», tuvo su participación en la tragedia de los Juegos Olímpicos.

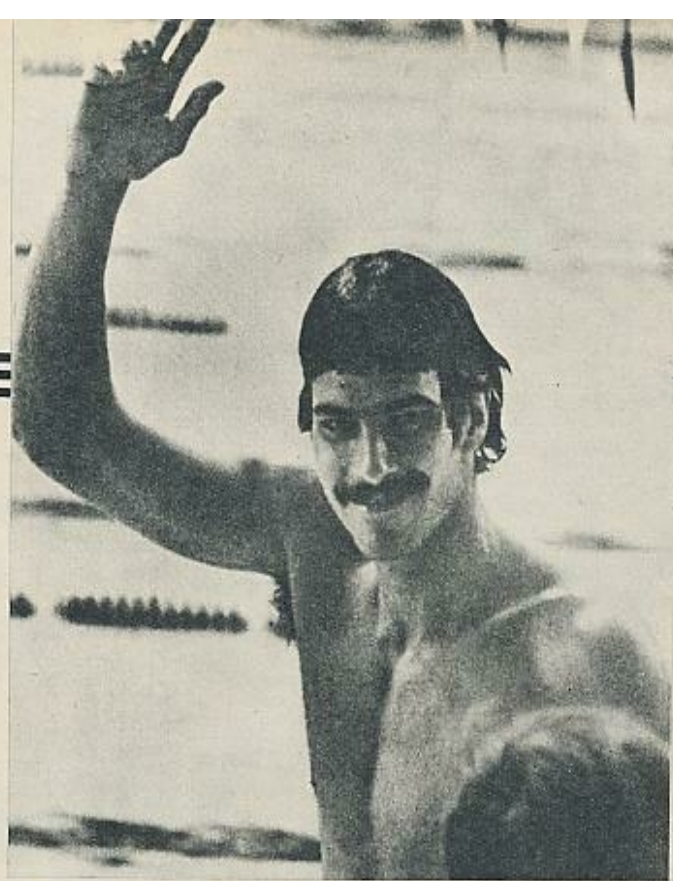
### RACIONALISMO Y FUTURO

Cada convocatoria de Juegos Olímpicos ha tenido sus características. Los de Londres fueron los Juegos del Racionamiento (1948), los de Roma fueron los Juegos de Cecil B. de Mille, los de México fueron los Juegos del Poder Negro. Los Juegos Olímpicos de Munich tenían en principio el sello del practicismo, del racionalismo germánico. Los programadores de instalaciones las crearon con criterios de rentabilidad futura. La ciudad no acon-

dicionaba unas instalaciones de cartón piedra, inservibles en el futuro, sino que las instalaciones se han hecho a la medida del uso que Munich pueda hacer de ellas después de los Juegos.

En el parque de Oberwiesenthal, sobre una superficie de tres kilómetros cuadrados, se alzó un complejo deportivo auténticamente modélico. Un Estadio Olímpico para 80.000 espectadores; 47.000 sentados. Un Palacio de los Deportes para 12.000 espectadores. Un Pabellón de Natación para 9.000 espectadores, con cinco piscinas de aguas a una temperatura constante de veintisiete grados. Tanto el Estadio como el Palacio y el Pabellón, así como sus accesos, estaban cubiertos por el «toldo olímpico» cubierto de plástico que protegía a los espectadores de la lluvia.

Un Pabellón de Boxeo, una cancha de voleibol, instalaciones de hierba para el hockey, situadas al Norte de Oberwiesenthal; zonas para el precalentamiento de los atletas. Todo perfectamente calculado y hecho a la medida, sin colosalismos y sin escaseces. Por otra parte, se había dispuesto una perfecta trama de servicios asistenciales para la información (operaban en Munich 4.000 responsables de todo el mundo y 2.500 técnicos audiovisuales), instalaciones complementarias de transporte, aparcamientos para 10.000 vehículos, a pesar de que por la disposición de las instalaciones las distancias eran siempre mínimas. Y finalmente, una



El norteamericano Mark Spitz: siete medallas de oro en natación.



Akil-Bua, de Uganda, medalla de oro en los cuatrocientos metros vallas.

ciudad residencial para los 10.000 olímpicos, ambigua denominación que igual sirve para los deportistas propiamente dichos, los entrenadores y responsables técnicos y los políticos y burócratas del deporte, únicos participantes que han competido en más de cinco Olimpiadas sin que disminuyan sus condiciones físicas ni mentales.

El espíritu práctico alemán ha programado la zona residencial como futuro barrio de viviendas de la ciudad de Munich, siguiendo experiencias de otras Ciudades Olímpicas anteriores. De esta manera, encerrados los Juegos dentro de un ámbito preciso, permanecía intocado el Munich viejo, el Munich del Rey Loco y de Ricardo Wagner, el Munich divulgado universalmente por sus fiestas de la cerveza y por el equilibrio conservadorismo de un electorado encandilado con las gracias de Franz Josef Strauss, el hombre duro de la democracia cristiana alemana.

Los ciudadanos habían manifestado distintos talentos ante la convocatoria de los Juegos. Ante todo, preguntaron que cuánto costarían. Una vez tranquilizados sobre la cuantía del déficit y sobre los beneficios deportivos y turísticos que la ciudad heredaría, dieron el visto bueno y se dispusieron a presenciar el espectáculo. Sólo los izquierdistas, con su empecinado y retórico eticismo, esgrimieron argumentos anti-Juegos hasta el último momento. También algunos grupos de extrema derecha protestaron por la presencia de Alemania Oriental.

Sin embargo, la participación de Alemania Oriental ha sido uno de los «tests» más pacíficos de los Juegos Olímpicos de Profitópolis 1972: el público aplaudía como propias las victorias de los atletas de Alemania Oriental. El pueblo alemán resolvía la dualidad alemana con una curiosísima síntesis entre el espartanismo paradesportivo de Pankow y la apología de las salchichas y la cerveza de la Alemania neocapitalista de herr Willy Brandt.

#### LOS MONSTRUOS SAGRADOS

Los Juegos tenían ya protagonistas presuntos. El americano Mark Spitz había declarado que quería ganar siete medallas de oro en las pruebas de natación. Quería batir el record medallístico de un Schollander o de un Jesse Owens. De Australia llegaba la niña prodigio Shane Gould, dispuesta también a llevarse todo el oro posible. En deportes de equipo eran favoritos los participantes del bloque socialista. En deportes individuales, los del campo capitalista. Los mecanicistas se frotaban las manos porque veían en estas previsiones una auténtica prueba de los nuevos para su división de las conciencias en individualistas y comunicantes, según el sistema económico que las sublimara.

En general se ha cumplido la previsión y se ha cumplido lo que parecía bravata de Mark Spitz. Extraña psicología la de este muchacho de veintidós años que fra-

casó (siempre relativamente) en los Juegos Olímpicos de México y en cuatro años no ha hecho otra cosa que vivir en una cárcel de agua, y nadar, nadar constantemente con un auténtico espíritu de superación y, por qué no decirlo, de expiación de sus culpas de México. Spitz declararía en una rueda de prensa celebrada el mismo día del atentado palestino: «Durante cuatro años no he hecho otra cosa que nadar; ahora debo preocuparme por mi futuro económico».

Shane Gould se ha llevado cinco medallas, no todas de oro. También a base de una vida de oca francesa productora de «foie-gras». La niña australiana vive para nadar, y come para vivir y poder nadar. Tiene el corazón deformado, con tan rara fortuna, que es la deformación precisa para batir records olímpicos.

Otras figuras previstas, los velocistas americanos Hart y Robinson, llegaron tarde a la prueba en uno de los más misteriosos y sospechosos equívocos de la historia deportiva. Valeri Borzov, el velocista soviético, devolvió la supremacía en los 100 metros a la raza blanca, pero no a Occidente. Lástima. En fondo, las «vedettes» supremas eran el finlandés Viren y el inglés Bedford. Viren consiguió un record auténticamente asombroso. Bedford demostró que tiene la irregularidad de los tenores geniales. Ya hablaremos del caso Haro en el apetitoso apartado español.

Muchos favoritos han confirmado su cualidad; otros, como

Bob Seagren o Jay Silvester, no han estado a la altura prevista. En los deportes anónimos, como judo, halterofilia, lucha, voleibol, tiro, esgrima, etcétera, etcétera, la gloria y la fama apenas rebasan el límite de las declaraciones político-nacionales y los familiares y vecinos de los deportistas. Hay deportes míticos y otros que no. Resignación.

Otra figura fue el alemán oriental Matthes, un espaldista sin rival desde hace ya muchos años. El caso de Alemania Oriental, tercer país en discordia en el copo medallístico, junto a la URSS y USA, con sólo 17.000.000 de habitantes, es una prueba de los logros que pueden conseguirse mediante deportistas funcionarios y además ideologizados. Otra figura que tenía en Munich la piedra de toque de su madurez deportiva era la rusa Stepanova.

En Kiel se desarrollaba la Olimpiada del Mar en un complejo deportivo valorado en mil seiscientos millones de pesetas. La gran atracción ha sido la participación del Príncipe de España. Las figuras vivifican los Juegos, tanto en los terrenos o acuarios de competición como en las gradas. Y allí estaban en las gradas Ana de Inglaterra y Grace de Mónaco, perpetuando la tradición olímpica de que la dignidad del público contribuye a la dignificación del espectáculo. Produce auténticos escalofríos imaginar la posibilidad de que los guerrilleros palestinos que han adjetivado definitivamente la Olimpiada de Profitópolis, pudieron sentarse al lado de un público tan delicado.

## MEDALLAS OLIMPICAS. MEDALLAS POLITICAS

### GEOPOLITICA DE LA VICTORIA

A poco que repasemos el cuadro adjunto del palmarés de los Juegos, veremos que hay tres grandes potencias deportivas llamadas USA, URSS y Alemania Oriental. Les sigue un pelotón de subpotencias mayoritariamente socialistas, con las incrustaciones de Japón, Australia, Gran Bretaña. En cambio, naciones en otro tiempo deportivamente poderosas, como Francia o Italia, han alcanzado unas bajuras de mediocridad casi a nivel español. Los franceses temían la poquedad medallística de estos Juegos, y habían especulado lastimeramente sobre lo distintas que hubieran sido las cosas de haber contado con un «oriundo» como Prefontaine. Este muchacho de Oregon que corrió los 5.000 metros en representación de los Estados Unidos, pertenece a la historia de la «fuga de piernas», historia que ha quedado un tanto oculta por la de la «fuga de cerebros».

La tipología del deportista olímpico se parece a cualquier cosa menos a lo que habían soñado los burgueses utópicos y benefactores que se sacaron de la manga el espíritu neo-olímpico. Por una parte, el falso deportista «amateur» de una u otra manera subvencionado por instituciones privadas (Universidades, por ejemplo). Por otra, el deportista funcionario, característico de los países socialistas. No sólo es el trucaje del amateurismo lo que justifica la distancia de años luz que separa, por ejemplo, el nivel del deporte alemán oriental o japonés (por no citar ya el norteamericano o el soviético) del nivel español. Las naciones que han conseguido los primeros lugares han creado una infraestructura deportiva que les permite contar con millares de participantes. De esos millares de deportistas anónimos surgen las figuras, según la rigurosa ley de que la calidad nace de la cantidad.

Sobre esas figuras se aplica el mimo de la política deportiva. Las instituciones privadas americanas no reparan en gastos para que los Mark Spitz sean jóvenes acuáticos sin la más mínima preocupación terrestre. Los Estados socialistas rodean a sus deportistas de toda clase de herramientas de trabajo. Un ejemplo demostrativo: Los responsables del de-

porte de Alemania Oriental construyeron en Zwickau una réplica exacta de los lugares clave en el recorrido para las pruebas de piragüismo.

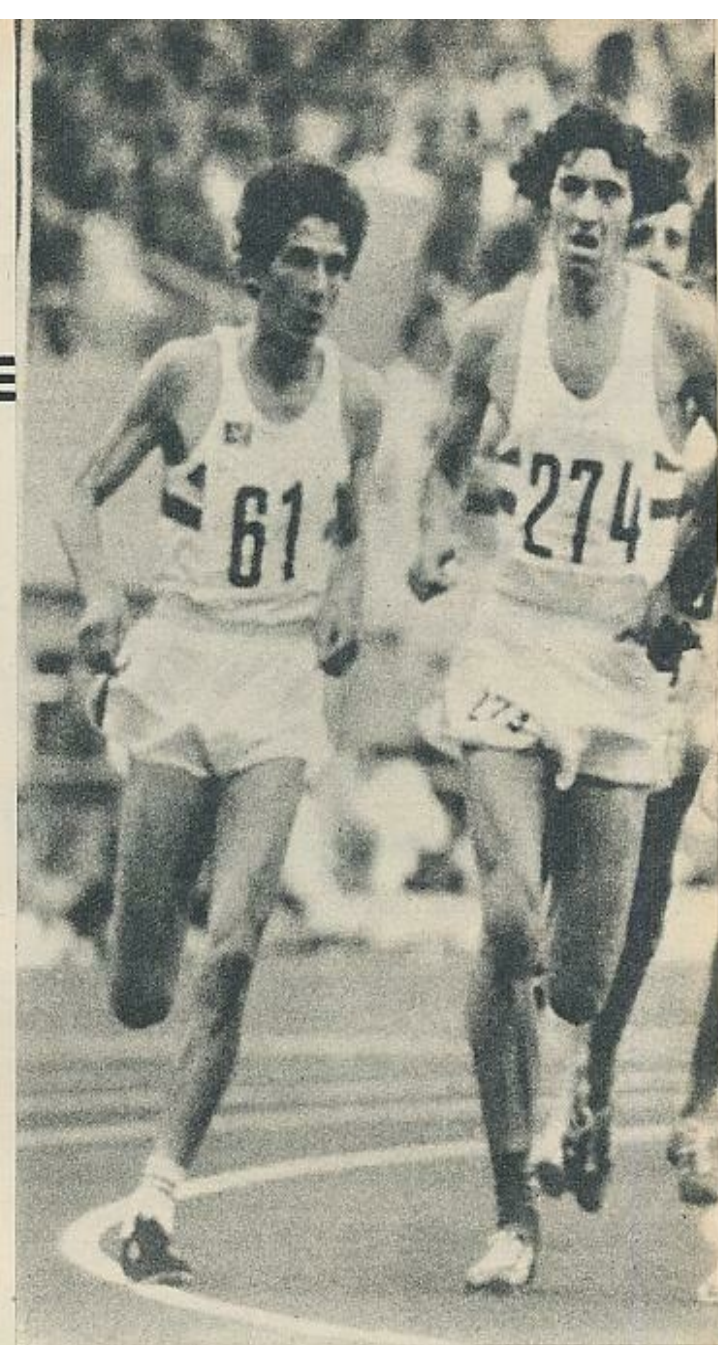
Por otra parte, los jóvenes norteamericanos que «llegan» al podio tienen la garantía del sobresaliente social que les permitirá iniciar la carrera por un lugar bajo el sol con muchísimos metros de ventaja sobre sus coetáneos. En los países socialistas, uno de los trampolines para conseguir los tesoros de una vida individual algo privilegiada es el deporte. Los mitos y los símbolos deportivos alimentan de épica a la sociedad capitalista, pero también a la socialista. Aquí hay algo que no encaja. ¿Para qué necesita un ser humano la épica ajena?

Frente al deporte orquestado como baza propagandística sobre estructuras políticas o económicas fabulosas, el papel reservado a las restantes naciones se corresponde con su capacidad de organización y con su sentido realista de disponibilidades y posibilidades. Si no hay plataformas ni económicas ni políticas de envergadura, y además no hay ni organización ni sentido de la realidad, entonces es preferible procurar pasar casi inadvertido.

### PERIPECIAS HISPANICAS

Pese a la mediocridad de los resultados, el año 1972 pasará a la historia del olimpismo español. Ha sido una de las Olimpiadas en la que más se han distinguido los burócratas y políticos deportivos del país. Otra cota altísima alcanzada por España en los Juegos Olímpicos de 1972 ha sido la producción de literatura de camuflaje. Pocas veces se ha titulado mejor para ocultar lo peor o relativizarlo. En este sentido, los ejercicios redaccionales de Radio Nacional de España o Televisión Española merecerían un lugar de excepción entre el material a estudiar en la asignatura de Redacción de nuestras Facultades de Ciencias de la Información.

Los directivos de nuestro deporte manifestaron desde el principio un contraste de pareceres sumamente estimulante. El señor Anselmo López expresó cierto mal humor porque las marcas iniciales de nuestros nadadores distaban bastante de las marcas



reconocidas por la Federación Española. Según las primeras declaraciones, el señor López achacaba a la Federación la poca escrupulosidad de las marcas que habían abierto las puertas de los Juegos Olímpicos. Los suspicaces comprendieron los problemas de la Federación Nacional, empeñada en hacer olvidar la ausencia de Esteva.

«In situ», el marqués de la Florida, presidente de la Federación Nacional de Natación, se manifestó muy sorprendido por las declaraciones que los periódicos españoles atribuían a Anselmo López. El señor marqués dijo:

—Me extraña que Anselmo haya dicho eso. Además, los responsables de la selección de nadadores son Ugarte y Morera. Yo, no.

Horas después, Anselmo López y el marqués de la Florida hacían declaraciones por separado, corrigiendo a fondo las primeras palabras de don Anselmo. El marqués de la Florida, uno de los españoles más conscientes de su invulnerabilidad burocrática, comentó ante los periodistas:

—A mí no hay quien me eche. ¿Será cierto? En cualquier caso, sería muy interesante que el marqués de la Florida revelara al país la fórmula secreta que tiene para que no le eche nadie, a pesar de que la política natatoria española ha sido catastrófica una vez desaparecida la inflación llamada Esteva.

También la prensa atribuía a Gich Bech de Careda un juicio muy duro de la presencia espa-



El español Mariano Haro (169) llegaría cuarto en la carrera de los diez mil metros.

ñola en los Juegos: «Hemos hecho el ridículo». ¿Y qué va a pasar ahora? De momento, los dirigentes han sacado bastante provecho a los deportistas hispánicos que han conseguido sobresalir. Un muchacho boxeador se vio rodeado de autoridades españolas por todas partes para posar ante el fotógrafo. Donde comen cuatro comen cinco.

En este contexto ha podido parecer exagerado el campaneado que se puso en marcha tras el cuarto lugar de Mariano Haro en los 10.000 metros. Y, sin embargo, se trata de una auténtica gesta deportiva. Auténtica y triste, porque para Mariano Haro, ese record (el sexto de todos los tiempos) de veintisiete minutos, cuarenta y ocho segundos, dos décimas, es

la culminación de una ya larga vida de atleta. La gesta de Haro es la gesta tristísima a la española, la excepción que confirma la regla, el solitario esforzado que alcanza la meta con una inversión de tesón y sacrificio sin traducción en otro idioma.

Por lo demás, bastante bien el boxeo, y lo demás es silencio o debería serlo. Retroceso en varios deportes y descalabro serio en baloncesto, tras las esperanzas concebidas por el Torneo selectivo y la jira americana. Un periódico comentaba: «¿Para esto valía la pena el plan Marshall de baloncesto? ¿Para esto valía la pena trucidar un equipo nacional en el que hay dos americanos sobre un equipo base de cinco?».

La responsabilidad no hay que

colgarla sobre los deportistas. La responsabilidad deriva de una situación viciada por unos planteamientos de política deportiva fatua e inservible. Se orquestan campañas publicitarias sobre el «Contamos contigo», y los españoles no tienen ni tiempo ni lugares donde hacer deporte. Y ya no hablamos de los adultos. ¿Cuántos colegios están realmente dotados de instalaciones deportivas?

Tal vez algo se solucionaría racionalizando los cargos directivos y ajustándolos a funciones reales y no a premios por servicios prestados. Aunque si vamos a mirar con precisión, lo que se arreglaría sería tan poco, que no vale la pena molestar a nadie.

#### LA MUERTE EN PROFITOPOLIS

Pero detrás de tanta normalidad, de tanta épica deportiva idealizada, de tanta medalla, de tanto himno, de tanto llamamiento a la concordia y a la unidad olímpica por encima de las diferencias nacionales y racionales, detrás incluso de tragedias grotescas como la española, quedaba oculto el rostro de la tragedia real, que marcaría un brutal contrapunto con la «kermesse» olímpica.

Los organizadores de los Juegos habían recibido revelaciones en el sentido de que podía esperarse alguna acción terrorista contra la delegación israelí. Se dispuso un servicio de vigilancia en torno a la ciudad residencial, y poco a poco se fueron diluyendo las sospechas. Pero en la madrugada del martes 5, un comando palestino saltó la tapia de la ciudad residencial ante la sonrisa comprensiva de los policías alemanes: «**Jóvenes deportistas que han salido de juerga y vuelven con miedo a la reacción del entrenador**». El comando palestino se dirige equivocadamente a las dependencias de los deportistas uruguayos. El pasmo precede a las explicaciones. Son uruguayos, no israelíes. El comando marcha entonces hacia su meta real.

Los hechos ya son conocidos. Una mancha roja de pasión y muerte diluye los ya de por sí temblorosos aros olímpicos. Durante las horas de negociación se pusieron en marcha manifestacio-

nes espontáneas que protestaban por la irrupción de la brutalidad de la historia en el recinto sagrado de Olimpia.

Tal vez se despertaba definitivamente del sueño y los manifestantes reaccionaban histéricamente ante algo que era más real que las construcciones quiméricas de los Juegos. A qué negarlo, era hermosísimo el espectáculo del negro Akii-Bua abrazado por los rivales blancos tras su victoria en los 400 metros vallas. También era hermosísima la conformidad del americano Silvester felicitando al checo que le había arrebatado la medalla de oro en el lanzamiento de disco. Ninguna belleza puede compararse a los movimientos perfectos de cuerpos jóvenes que resumen en unos instantes sabidurías de años de entrenamiento. Pero ninguno de estos hermosos ademanes ha impedido la violencia y la guerra, la legalidad de la represión y la violencia estructural, la agresión internacional, el expolio internacional.

Los hechos de Munich los ha protagonizado la organización Septiembre Negro, un grupo de palestinos desesperados, arrojados de sus tierras por una jugada maestra de las grandes potencias, diezmados por Hussein en la represión antiguerrillera de septiembre de 1970 en otra jugada maestra orquestada a medias entre el pequeño Rey y el Departamento del Estado norteamericano. Para estas gentes, la magnificencia de los Juegos no tenía ningún sentido. La Historia no ha jugado con ellos deportivamente, y su desesperación ha tenido la virtud de hacer trizas el aparente «fair play» de la CIA y la KGB, del Magic Circus y de Mozart bajo la batuta de Karl Bohm, de Mark Spitz y Shane Gould, de Avery Brundage y lord Killanin, de Willy Brandt y sus policías sonrientes y bonachones que hicieron la vista gorda ante aquellos muchachos que escalaban la tapia del santuario de la virginidad olímpica.

Los mismos policías que han rubricado con sus ametralladoras, en un oscurecido aeropuerto, la larga noche de la que venían los guerrilleros. Una noche donde no hay otro record que el de la rabia, ni otras medallas que las que premian la loca muerte de los desesperados de la Historia. ■ M. V. M.